

EL SHOCK DEL FUTURO Y EL SHOW DEL PASADO

JUAN CUETO

aUNQUE comprendo perfectamente que ahora mismo sea duro de entender, hubo un tiempo en que resultaba bastante difícil «estar a la moda». Sobre todo, era muy caro. Hace década y media, o cuatro lustros y pico, al español con pretensiones más o menos intelectuales y con voluntad de estar al tanto se le exigía viajar constantemente a Francia para completar sus masperós y visionar aquella media docena de películas míticas. Era poco menos que imprescindible coleccionar *Le Nouvel Obs*. —también era necesario pronunciarlo así— y la revista de Sartre, asistir a un par de representaciones teatrales en Londres una vez al año, ser suscriptor de *Triunfo*, pertenecer a un cine-club con sesiones paralelas expuestas a sanciones gubernativas que había que pagar a escote, tener cuenta abierta, y al día, en una librería con clandestina tienda de importación, fatigar sin descuento la red nacional de ferrocarriles patrios para asistir a todas las numerosas reuniones de la resistencia, y, además, estar al día de los últimos avatares de los famosos duelos sangrientos entre el marxismo y el existencialismo (el estructuralismo, después), la lógica y la dialéctica, la Escuela de Frankfurt y el Colegio de París, la *nouvelle vague* y el *free cinema*, Sánchez Albornoz y Américo Castro, la lingüística sincrónica y la lingüística diacrónica, el sociorealismo literario y el formalismo teórico de turno. Sin olvidar, naturalmente, aquellos imprescindibles discos de Brel, Brassens, Raimon, Ibáñez, Dylan, los Beatles y Baez, los codiciados posters de Ernesto y el «Guernica», el suéter de cuello y precio altos, en fin, las cotizaciones políticas, el pago de las multas políticas y el abono mensual a aquellas asociaciones «culturales» políticas. Entonces, vivir la moda arruinaba a cualquiera.

Ignoro si se lo debemos a la democratización de las costumbres, a la inflación galopante, a la seguridad social o al aumento falaz de nuestra renta per capita, pero lo cierto es que en estos momentos no cuesta un duro ser un tipo a la moda. Ahora mismo, al intelectual con pretensiones de candelero le basta con ejercer la nostalgia precisamente a costa de aquellos años. No hay que partirse la

imaginación ni desequilibrar el presupuesto familiar intentando adivinar por dónde saldrán los nuevos tics culturales: es suficiente mirar hacia atrás sin ira, con infinita misericordia. Ya no se trata de pensar y derrochar, sino de recordar y ahorrar. Hemos logrado sustituir aquel arriesgado y costoso gesto equilibrista de otear en la cuerda floja sin red el imprevisible futuro, por la consoladora y gratuita actitud de contemplar narcisistamente el pasado. Del riesgo a rompernos la crisma pasamos al riesgo de atrapar una torticolis.

En cualquier caso, hay que admitir que si bien han mejorado de manera notable las condiciones de seguridad en el trabajo cultural, disminuyendo

periódicas resurrecciones nostálgicas que consumimos y hacemos consumir a modo de modas.

Los nuevos signos sepías

Que basta y sobra con darse un vertiginoso garbeo tipo Godard por la calle de la modernidad de las galerías culturales para sentir que la mayor parte de los llamados «nuevos signos»

Cultura de la modernidad, conversaciones y entusiasmos muy a la moda, son los revivals de Stevenson y Guillermo Brown.



espectacularmente el número de accidentes mortales por metedura de pata o de bancarrota, en asuntos de higiene cultural y de reflejos intelectuales ofrecemos ahora mismo un pobre espectáculo por culpa del insistente *festival retro* que estamos representando con el viejo número de las



Los cuarentones rockeros de la película «Granujas a todo ritmo».

tienen olor a naltalina, color sepia, sonido a veraneo familiar de la época de la guerra fría y sabor, como Benet dijo, a merienda de pan con chocolate. El número uno de los cuarenta principales que suena mientras escribo estas líneas lo ocupa una alemana llamada Nina, que grita una versión tipo Elvis Presley —aunque bastante más binaria— de aquel *standard* de Claude François que hizo célebre Frank Sinatra con el título de *A mi manera*; claro que me dice el locutor de la efeeme, con emoción inexplicable, que le pisa los talones el brasileño Roberto Carlos, el tipo ese que manda flores a sus novias porque es un amante a la antigua. Los semifinalistas de *Aplauso*, presentados por el imprevisible Fradejas, repiten machaconamente en la pequeña pantalla del sábado tarde los viejos pasos rituales del *rock and roll*, disfrazados los muchachos con torpeza memorable de *tiddy boys*; y en el colmo de la alternativa rítmica, los más audaces van y descubren aquellos movimientos idiotas del *twist* del colegio. Los protagonistas prestigiosos y juveniles de las otras pantallas son ahora los errantes *beats* de Kerouac (*Generación perdida*), los plateados *mods* ingleses de los años cincuenta (*Quadrophenia*), los cuarentones *rockeros* (*Granujas a todo ritmo*) o los *folks* de los marchitos *campus* pre-

marcusianos (*Quiero ser libre*). Y los nuevos tiranos —me refiero aquí a los héroes indiscutibles de las frecuencias moduladas— descubren con pasmo el jazz de sus padres; y acaso hastiados del eterno retorno del *rock* que se muerde la cola de caballo, nos hablan del furor de recambio: *Los nuevos románticos*. Robert Redford acumula *oscars* a costa de prolongar lógicamente la historia de Kramer, que, a su vez, es un *remake* matemático de los dramones familiares del cine de los *fifties*, pero con antihéroes urbanos que añoran su juventud porque ya tienen los dichosos cuarenta años: la edad del poder en el occidente judeo-cristiano.

Precisamente cultura de la modernidad, conversaciones y entusiasmos muy a la moda y totalmente gratuitos, son los *revivals* de Stevenson, Guillermo Brown, Salgari, Kipling, *Las minas del rey Salomón*, Conrad, Tarzán, Machín, Fu-Manchú, Supermán, Marlowe, Sam Spade, el agente de la Continental, los dos funerarios investigadores de Chester Himes, los de Cain y, en general, toda la saga *pulp* de la era del *crack*, con sus derivaciones nacionales en Pepe Carvallo, el penene vengador de Savater y el reportero Gálvez. Además de las aventuras de la literatura colonial anglosajona y de la serie negra yanqui —vale

decir, además de la literatura de nuestra adolescencia—, que a nadie se le ocurra circular en vespa —porque también ha vuelto la *scooter*— por el jardín de los senderos que bifurcan la actualidad sin las recetas culinarias de la abuela de provincias, las decoraciones pretendidamente vanguardistas que plagian sin rubor el *art deco*, los diseños calcados del *strip* de Las Vegas —quedan tantas cosas que aprender de Las Vegas—, las arias de Verdi o las misas de Anton Bruckner.

Últimas noticias procedentes de la Metrópoli. Vuelve a escandalizar *Lolita* justamente cuando la pasión de H. H. por Lo celebra sus bodas de plata, y en el Estado de las autonomías y de los eternos problemas pendientes, diferidos, videoaplazados, acontece el descubrimiento del cegador volcán de Lowry, cuya primera erupción española data, si mal no recuerdo, de mediados de los años sesenta. Por su parte y riesgo los filósofos más conspicuos discuten acaloradamente si el politeísmo o el monoteísmo, si el Capital o la Biblia, si Ortega o Zubiri, si el nacionalismo o el cosmopolitismo, si el yo residual o el nos integral, si el génesis o el apocalipsis, si el Gulag o la OTAN, si la ilustración dieciochesca o si la industrialización decimonónica. Es todavía más fácil: que lo digan las listas de los

EL SHOCK DEL FUTURO

best-sellers sin retórica inútil: las memorias, las biografías, los recuerdos familiares, las crónicas del tiempo pasado monopolizan, semana tras semana, los codiciados primeros puestos de la «no ficción». La historia minúscula y bastarda, morbosa y rumorosa, confidente y moliente, como género «estrella» de las últimas temporadas editoriales. Ante la sombra del fantasma de la tercera ola, el *show* del pasado.

El «flash» y el «flou»

El amarillo es el color dominante, como lo demuestra ese nuevo *look* de Hollywood: tonos desvaídos, rostros tenues, interiores de suave amarillez, un cierto ocre de distinción que imita por medio de procedimientos químicos altamente sofisticados aquellas primeras fotografías tranquilizadoras de la industria del *flash* crudo al *flou* cocido.

De esta veloz y generalizada huida hacia atrás que se masca en todos los escenarios, principalmente en el escenario más patético del circuito de los países industrializados, infieren los teóricos apresurados las más groseras conclusiones. Como ya es preceptivo, y hasta preocupante, el vocablo «crisis» acude en ayuda de la flojera mental con la misma oportunidad y celeridad sospechosa que el 7.º de Caballería en las historias de Ford, cuando el cerco comanche se hacía insostenible. En una época en la que los *nuevos apocalípticos* —que dejan en ridículo a los ridiculizados por Umberto Eco en 1968— alarman que estamos rodeados y vistos para sentencia catastrofista, aterrizados por el futuro e inmersos en las arenas movilizadas de la crisis, nada más lógico, dicen, que el regreso a la nostalgia, el consuelo de lo retro, el auge del *revival*, el *boom* sepia que se detecta en todos los órdenes de lo cotidiano, desde la caligrafía de las vallas publicitarias hasta la prosodia de las modas más estridentes y últimas. El fenómeno, sin embargo, merece explicaciones menos infames que las del materialismo grosero, el determinismo rústico o el reflejo plano. Repetir que la nostalgia es el refugio natural de la crisis, implica —ya que de lógica hablamos— proclamar sin ambigüedades que hubo en la historia (sobre todo, en esa historia reciente que se recrea), tiempos bastante más felices que los actuales. Opinión respetable si es emitida con gesto irónico, pero indecente cuando se pronuncia desde semánticas más duras, e intolerable si se sostiene desde una

perspectiva cultural que involucre el estado presente de la ciencia, e incluso, me atrevo a decir, el bienestar general de la humanidad. Como si pudieran compararse los accidentes de autopista con las pestes de antaño, los humos de la industria transformadora con las hambres dieciochescas, el sutil control de las sociedades anónimas multinacionales con el poder brutal de los terratenientes, la tristeza de la tercera edad con las muertes masivas en la primera edad, no hace tanto tiempo, las secretas censuras económicas con las hogueras inquisitoriales, los inconvenientes numerosos de la agitada vida megapolitana con las cochambres mortales de las miserias vi-

historia universal en el que la humanidad haya sido más dichosa que ahora mismo, en lo material y en todo lo demás; y digo humanidad, no élites— oculta una actitud aún más necia. Porque consecuencia directa de este continuo espectáculo retro al que estos sometidos, es el acelerado desprestigio de la *idea de progreso*, y precisamente —no digo paradójicamente porque la inflación paradójica es tal que ya nada subraya tan prestigioso tropo— entre los más notables representantes del círculo de la progresia. Pocas veces hubo un desprecio mayor hacia la palabra «progreso» por parte de la comunidad de numerarios y usuarios de las llamadas «ciencias so-



En asuntos de higiene cultural y de reflejos intelectuales ofrecemos ahora mismo un pobre espectáculo por culpa del insistente festival retro.

llas medievales o renacentistas, el control social con la esclavitud, el consumo con el ayuno, la ciencia con la superstición, la cultura de masas con las masas analfabetas, los medios de comunicación con la incomunicación social, o los pobres derechos del hombre del momento con los inexistentes derechos del hombre de hace bien pocos lustros...

Del progreso al regreso

Pero esa cantilena absurda y reaccionaria de las miserias del presente y de la hipotética arcadia del pasado —que se zanja en los coloquios exigiendo al nuevo apocalíptico impertinente que cite un solo periodo de la

ciales». El error, como Kuhn advierte, consiste en considerar que la idea de progreso se define y justifica por la existencia de una meta específica. No se progresa *hacia* algo, se progresa *a partir* de algo, que es asunto científico bien distinto. Digo más: la crisis del tradicional concepto de progreso, el propio debate apasionado, implica ya, necesariamente, progreso.

El problema es otro. Sucede, sobre todo en este país, que la literatura, especialmente la novelística, sigue estando socialmente considerada como la disciplina dominante y acumulativa; de la misma manera que en la Antigüedad y en los comienzos de la Europa moderna esa función mítica le correspondía a la pintura. Y sucede, en consecuencia, que la idea de pro-



Hoy, los más audaces descubren aquellos movimientos idiotas del twist del colegio.

greso se mide «novelísticamente», en función de las metas literarias y sólo de tales metas. Manejamos una concepción eminentemente literata de lo que se entiende por progreso, acuñada a finales y principios de siglo, y así se explica el desdén injustificable por todo aquello que no encaje en la matriz de los ideales utópicos de dicho campo expresivo; pero, sobre todo, se entiende el terror infantil a esa nueva antropología que se está fraguando en las postrimerías de la sociedad industrial por la irrupción en los escenarios de lo social de las irreversibles revoluciones biológicas, telemáticas, cibernéticas...

Nostalgia para camaleones

Ocurre, acaso por primera vez en la historia universal, que los resultados espectaculares de la revolución científica se aplican directa e inmediatamente a lo cotidiano, trastocando de la noche a la mañana no solamente los viejos paradigmas científicos, sino el sistema económico y cultural de la sociedad; situación radicalmente contraria a la de otros periodos de grandes mutaciones. Sigo citando a Kuhn. Los que en su día rechazaban el newtonismo no lo hacían por miedo al futuro, sino porque temían que su dependencia de las fuerzas innatas haría regresar a la ciencia y a la

humanidad a las Edades Oscuras. Y los que se oponían a la química de Lavoisier sostenían que «el rechazo de los principios químicos en favor de los elementos de laboratorio era el rechazo de una explicación química lograda, rechazo realizado por quienes iban a refugiarse en un simple nombre». Ahora, no sólo la comunidad científica puede ver los frutos de su trabajo operando socialmente, sino

que también puede verlos el mundo entero.

Esta identidad memorable e inédita entre el ojo del experimentador y el ojo del espectador, esta constante interconexión entre los científicos y los profanos, entre la ciencia y la vida, pone en solfa, sin remisión, esa arraigada idea literata de progreso, con metas concebidas a imagen y semejanza de ciertas fabulaciones noveleras (de ahí que los «profetas» sigan siendo los apocalípticos Orwell, Bradbury y Huxley), y genera un rechazo visceral que se plasma en lo que podríamos llamar *ausencia del presente*. Vivimos con el terror puesto en el futuro y con la felicidad instalada en el pasado: entre el miedo al mañana y la nostalgia por el ayer. Vivimos en plena ficción, porque ni esa verdadera revolución científica que está en el origen de la crisis verdadera tiene que ver con las pesimistas e inverificables fabulaciones noveleras dominantes, cuya procedencia hay que situarla a principios del siglo, ni esos tiempos pasados «nostalgiables» fueron tan bienaventurados como los celebramos. Ficción utópica de infundado rango patético y ficción ucronica de inventadas memorias felices.

Recordar siempre resulta gimnasia cerebral más cómoda que el pensar. Y recordamos, precisamente, para desmovilizar el presente y conjurar el porvenir. Hay que reconocer que estamos celebrando por todo lo alto el décimo aniversario de la moda «camp». Hasta de la propia nostalgia sentimos nostalgia. ■ J. C.

Robert Redford acumula oscars con «Gente corriente», a costa de prolongar lógicamente la historia de Kramer, que, a su vez, es un remake matemático de los dramones familiares del cine de los fifties.

